





# LA VIDA QUE FUE



María José Pardo y María Lucía Sáez

# LA VIDA QUE FUE



Primera edición: septiembre 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© María José Pardo y María Lucía Sáez

ISBN: 978-84-10400-32-0

ISBN digital: 978-84-10400-33-7

Depósito legal: M-18688-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A todos aquellos que formaron parte de La vida que fue,  
en especial a José, Dolores y Ramón y, sobre todo, a los mejores  
relatores, Pilar y Pepe, sin los que habría sido imposible contar  
esta historia.*



## JOSÉ. Los inicios

Los inviernos en Galicia suelen venir acompañados de lluvia, viento, tempestades, frío... Por eso, no es la época preferida para las bodas. A pesar de ello, José y Virtudes se casaban. Su boda y el cambio de siglo se producirían a la vez. Hacía ya cinco años que eran novios, así que aprovecharon las fechas de la Navidad para celebrarlo. Sí, sería el 1 de enero. Una sencilla ceremonia en la capilla del Carmen y una comida familiar en la casa de Virtudes.

El primer día del año amaneció soleado y frío. A las seis de la mañana, Virtudes se sorprendió al ver ya preparada la casa para el gran día. Había quedado con su madre en levantarse pronto para arreglar juntas el comedor.

«¡Qué ansiosa! —pensó—. No podía esperar para que yo la ayudara».

Tras una rápida ojeada, asintió.

Lucían como nunca la mesa con los jarrones de flores silvestres dispuestos sobre el mantel de hilo bordado a mano que había sido de la abuela, la vajilla de porcelana blanca con borde dorado, regalo de la boda de sus padres, los vasos de un cristal fino, también con borde dorado, préstamo de la mujer del alcalde, al igual que la cubertería de alpaca. Un pequeño centro de mesa hecho con algunas ramas de eucalipto y flores de ciclámenes blancos indicaba el sitio reservado a los novios. Las sillas tapizadas de terciopelo verde oscuro estaban recién barnizadas y limpias para la ocasión.

Volvió a repasarlo todo. ¡Estaba perfecto!

Como aún era de noche, las contraventanas estaban cerradas, así que recogió a un lado con un alzapaño la cortina que las cubría y abrió las hojas de gruesos cristales. Un frío gélido le dio en la cara haciendo que las cerrara rápidamente, y un escalofrío, mezcla de emoción y destempe, le recorrió la espalda.

—Espero que con la salida del sol el día sea más llevadero o nos vamos a helar en la iglesia.

A continuación, fue a la cocina, donde la *lareira* encendida la hizo entrar en calor. En el fuego puso a calentar un cazo con leche. Se sirvió una buena taza en la que deshizo una pequeña pastilla de chocolate, añadió algunos trozos del pan que había sobrado de la cena y se lo tomó con gran placer y algo de nostalgia. Aquel sería el último desayuno de soltera y en su casa. Una vez casada, pensaba, ya no volvería a vivir con sus padres.

Las voces de su madre llamándola le hicieron abandonar sus pensamientos.

—He ido a despertarte y ya no estabas en la cama. Supongo que has pasado por el comedor. Está ya todo listo, no te preocupes.

Virtudes le sonrió, y dejando el tazón con el desayuno en la vieja mesa de la cocina, cubierta con un hule estampado con margaritas que acababan de comprar, fue a abrazarla.

—Muchas gracias, madre. Está todo perfecto. ¿Te has acostado, has dormido algo? Me da la impresión de que te has pasado toda la noche preparando la mesa para el convite.

—Algo he dormido, aunque, con los nervios, no creas que fue mucho. No se le casa a una su hija todos los días.

Virtudes era hija única, pero no siempre había sido así. Cuando tenía tres años, sus padres tuvieron otra niña, Carmen, que no llegó a cumplir los dos. Ella no se acordaba de su hermana pequeña, pero su madre la tenía presente a todas horas, y ahora que su hija se iba de casa, no podía evitar una sensación de gran vacío. Pero intentaba no dejar traslucir su pena. Después de todo, vivirían a poca distancia la una de la otra.

—Así que ponme un poco de leche, que te acompaño.

Tras tomar el desayuno, madre e hija subieron a la habitación de la novia. Allí, en una percha colgada de la puerta entreabierto del armario, estaba el traje que se pondría para la ceremonia. Era el mismo vestido que había llevado su madre casi veinticinco años antes, en su boda. Apenas tuvieron que modificar nada. ¡Qué parecidas eran! Altas para la época, delgadas, y si no fuera por las arrugas que surcaban el rostro de María, casi podían parecer hermanas. Era un traje de primavera en crepe negro cerrado a la espalda con pequeños botones forrados de la misma tela y con mangas de gasa, por lo que Virtudes tuvo que mandar hacer un abrigo que la protegiera de los rigores invernales. Eligió una tela azul noche.

Las dos mujeres, cogidas de la cintura, lo contemplaron.

—Vas a estar guapísima. El abrigo es precioso. ¡Ay, qué recuerdos! —suspiró María.

Mientras, en casa de José se repetían los mismos nervios, aunque en su caso, solo tenía que preocuparse por acicalarse. La comida se ofrecía en casa de sus futuros suegros.

Para ese día, había comprado en la ciudad un traje gris oscuro, que completaba con una camisa blanca y una corbata también gris, regalo de su padrino.

A las ocho de la mañana, ya bañado y repeinado, desayunó con su familia. Para él no iba a cambiar casi nada. Hasta que tuvieran su propia casa, vivirían allí con sus padres; ni siquiera tendría que abandonar su dormitorio que, aunque pequeño, sería la habitación del matrimonio.

A las nueve en punto, Pili llamó a la puerta. Siempre puntual, la mejor amiga de Virtudes estaba allí para peinarla. Desde su boda con el notario del pueblo ya no trabajaba, aunque durante varios años había peinado, cortado el pelo, teñido y arreglado a todas las mujeres de la zona y a algún que otro hombre. Pili se había preparado para ser peluquera, por eso, aquella mañana se presentó puntual y con todo su instrumental de trabajo en la casa de la novia para darle el toque final. El pelo lo llevaría recogido en un moño sujeto con una redecilla. Era la primera vez que renunciaba a su flequillo y a su melena ondulada.

—Todo sea para poder lucir mi regalo de pedida.

Los pendientes de perlas, que José le había regalado el día en que se prometieron, eran su joya más preciada; esos pendientes estaban en la familia de su novio desde tiempos de la bisabuela. Se contaba que un joven teniente enamorado locamente de Herminia, la bisabuela de José, se los había regalado como prueba de su amor sincero. Tan sincero que apenas le duró dos meses, el tiempo que tardó en conocer a la prima Rosalía, la oveja negra de la familia, con la que se fugó a Madrid tras dejarla embarazada.

Aparte del tremendo disgusto y la enorme decepción, el tenientillo le había dejado los famosos pendientes.

—Los lució una infanta de España —le había dicho a Herminia— y ella se los regaló unas Navidades a mi tía solterona, que era su dama de compañía. De ahí llegaron a mi madre. Estos pendientes tienen la virtud de hacer feliz a quien los posee.

Y hasta el momento había sido cierto. Herminia fue muy feliz con su marido y se los regaló a su hija el día de su boda, quien hizo lo mismo con Asunción, la madre de José. Al ser este hijo único, los pendientes pasaron a Virtudes, su futura esposa, quien los iba a lucir ese 1 de enero.

Vestida, peinada y con un poquito de rubor en las mejillas, las perlas que adornaban sus orejas fueron el perfecto toque final. Estaba radiante, y aunque nunca había sido muy de acicalarse y mirarse en el espejo, aquel día Virtudes se pasó un buen rato contemplándose.

—Mamá, ¿estoy bien? ¿Me falta algo? ¿Crees que le gustaré a José?

Estaba perfecta, y perfecto fue el día.

Las doce de la mañana era la hora prevista para la ceremonia, y los pocos familiares y amigos invitados llegaron unos minutos antes. La pequeña capilla del Carmen, situada en un espigón al lado del puerto, acababa de ser reparada tras las tormentas de octubre que habían destrozado el tejado. La Cofradía de Marineros había pagado la reforma y el encalado de la fachada y del interior, todo

un esfuerzo económico para las menguadas arcas de los mareantes. Pero su Virgen protectora lo merecía.

En el interior, las velas proyectaban un halo mágico. El pequeño ábside albergaba una imagen de la Virgen que no había sufrido daños cuando se desplomó el tejado: «Otro milagro más», dijeron los vecinos.

Delante de la imagen estaba el altar, y a ambos lados, dos grandes búcaros con flores blancas en los que lucían unas ramas de camelias de las que crecían en la huerta de la casa rectoral. Eran toda la decoración para la boda.

Los invitados fueron sentándose en los escasos bancos de la capilla. José esperaba fuera la llegada de Virtudes. A las doce en punto, la novia, sus padres y Pili aparecieron por la ribera camino del espigón. Un nervioso novio se apresuró a llamar a su madre, que se había refugiado del frío en el interior de la iglesia.

—Ya llegan, madre; salga usted.

La ceremonia fue breve. Una emotiva misa y la firma de los padrinos y novios. Después, todos se fueron al banquete preparado en la casa de Virtudes. Los invitados, a medida que entraban en el comedor dispuesto para la comida, no dejaban de alabar lo bonita que estaba preparada la mesa. María estaba orgullosa; realmente había hecho un buen trabajo y la ayuda de alguna buena amiga, como la mujer del alcalde, había contribuido a crear un ambiente acogedor, y a la vez, elegante. No eran muy corrientes este tipo de celebraciones entre las familias de la zona, pero los padres de Virtudes se habían empeñado para conseguir que su hija, su única hija, disfrutara de un día inolvidable.

Todos se fueron sentando; los novios entraron al final. Cogidos de la mano y con un gesto de timidez, sus sonrisas eran el espejo de la felicidad. Virtudes y José, tras saludar de nuevo a sus invitados, ocuparon el lugar que tenían asignado. Sus padres ya estaban empezando a traer la comida. El menú se componía de caldo gallego, unas nécoras, una tapita de almejas y unos pollos, de los criados en el corral de la casa de Pili. Todo un dispendio para la época y

para una familia que no nadaba en la abundancia, precisamente. De postre, tarta de manzana, café de pota, unos cigarros para los hombres y una copita de anís para las mujeres.

La sobremesa, llena de risas y conversaciones, se prolongaba mientras las velas se iban consumiendo. Una especie de melancolía pareció envolver a los allí reunidos. Los recuerdos de una etapa vivida con esperanza daban ahora paso a otra llena de incertidumbres, pero también de ilusión. La niña juguetona, simpática y algo traviesa se había convertido a sus veintitrés años en una mujer casada; casada con su novio de siempre, aquel José que le tiraba de las coletas al salir los domingos de la iglesia, para que rabiara, y al que perseguía hasta el puerto, donde hacían la paces dándose la mano en señal de contrato y prometiendo que no volvería a hacerlo, hasta el domingo siguiente en que se repetía de nuevo todo el proceso.

Ahora eran marido y mujer, y aunque ella seguía teniendo el pelo largo, José no volvería a tirar de sus trenzas. Al ser una mujer casada, Virtudes había decidido peinarse como todas las mujeres con marido. Se haría un moño, a pesar de las protestas de Pili, a la que le gustaba tanto su brillante y ondulada melena.

—Que te cases no implica que te peines como una anciana —le repetía su amiga—. ¿No me ves a mí? ¿Te parezco una descocada por llevar el pelo suelto?

—Ya veremos, Pili. Lo hablaré con José.

A las siete se dio por concluida la celebración. Todo había salido bien y tanto los recién casados como sus invitados se habían divertido hablando y comentando las muchas anécdotas de la infancia y juventud de Virtudes y José.

Tras las despedidas, llegó la hora. La novia subió a su cuarto para cambiarse de vestido, recoger algunas cosas y después trasladarse a la casa de sus suegros. Su nuevo hogar, de momento.

En su habitación dejaba sus recuerdos. Entre ellos, algunas conchas cogidas en la playa, una muñeca de trapo, una cuerda para saltar y una cajita de madera hecha por José, donde guardaba sus

joyas: un anillo de plata portuguesa, regalo de su tío, y unos pendienteitos de oro, dos bolitas, compradas para su bautizo. Después de repararlo todo, se decidió a coger la cajita de madera, la metió en la bolsa con el resto de su ropa y se sentó a los pies de la cama. Sintió un nudo en la garganta; no quería llorar, pero las lágrimas comenzaron a aflorar en sus ojos. Ya se iba, aquel ya no volvería a ser su dormitorio. ¿Pena, alegría? Virtudes no sabía qué pesaba más en su ánimo. La entrada de su madre en el cuarto hizo el resto. La joven se echó a sus brazos sollozando de forma tan incontrolable que no podía hablar.

—Vamos, hija, reponte. José te espera abajo y como te vea con los ojos llorosos va a pensar que estás arrepentida de la boda. Además, no te vas a América. Tus suegros viven a diez minutos escasos de nosotros, y no lo olvides, esta sigue siendo tu casa.

María, poco a poco, fue tranquilizándola. Virtudes, entonces, besó a su madre, y tras acariciar su mejilla, cogió la bolsa, dispuesta a empezar una nueva vida. Al final de la escalera, su marido y sus suegros la esperaban.

—Lista. Podemos irnos. Ya vendré a buscar lo que vaya necesitando.

Unos minutos después, apenas diez, como había dicho su madre, entraba en la que iba a ser su nueva casa. Aquella casa, que conocía perfectamente y en la que había estado tantas veces, le pareció diferente. Las paredes estaban recién pintadas y las cortinas eran nuevas. Sus suegros se habían esmerado para conseguir que se sintiera a gusto.

Cuando subió al dormitorio y abrió la puerta, sonrió. Aquella era ahora su habitación. La cama de José, su mesilla, su silla y su armario. También aquí habían pintado y barnizado los postigos de las ventanas. Una colcha blanca cubría la cama adornada con dos cojines de encaje. Las velas de la mesilla acabadas de encender eran todo un detalle para que pudiera apreciar bien el cuarto. Pero lo que más le llamó la atención fue la colcha con los cojines. No pudo reprimir una carcajada al imaginar lo que le habría costado a

su marido aceptar puntillas y encajes. Él, tan crítico con todos esos excesos femeninos, como decía cuando veía a alguna chica demasiado acicalada. Sin embargo, allí estaban esos denostados adornos. Y todo lo hacía por ella.

«Me encanta. Está muy bonita», pensó.

Con mucha calma, sacó sus pocas pertenencias de la bolsa y las fue colocando en el armario. Solo había llevado dos vestidos, el abrigo de boda, y en un pequeñito baúl, las medias y la ropa interior. La cajita con sus pendientes y el anillo la dejó sobre la mesilla.

En apenas unos minutos ya estaba todo recogido. Después, se sentó en la silla, y al igual que había hecho minutos antes en su dormitorio, miró en derredor. Su nueva casa, su nueva vida. No tuvo tiempo de pensar más. José acababa de entrar.

—¿Todo bien? ¿El espacio es suficiente para tus cosas?

—Sí, y gracias por haber permitido a tu madre poner el dormitorio tan... femenino —dijo Virtudes muerta de risa.

—¿Cómo iba a instalar a mi mujer en un cuarto tan varonil? —rio también él—. Además, ¿quién puede contradecir a mi madre? —dijo, abrazándola.

Seis días; ese fue el tiempo que tuvieron para acostumbrarse a su nueva vida juntos. El 7 de enero, José volvió a su trabajo. Virtudes tendría que adaptarse a la casa de sus suegros, a sus costumbres y manías, y ayudar en las labores domésticas, en la huerta y con los animales. Pero sería una situación provisional. Pronto tendrían su propia casa.

José llevaba trabajando cuatro años en un aserradero. Era un negocio familiar que daba empleo a algunos jóvenes de la comarca, y aunque aparentemente las cosas parecían ir bien, en los últimos meses el propietario empezaba a observar cómo bajaba el volumen de pedidos, ya que cada vez se construían menos barcos, menos casas, menos muebles... Pero nada de eso era percibido con preocupación por los trabajadores porque cada primero de mes recibían religiosamente su sueldo. Además, para el dueño, un optimista empedernido, siempre había una razón que explicara el

retramiento temporal de la demanda de madera: el mal tiempo, los problemas políticos, la competencia, los efectos de la guerra..., pero nada que causara mucha inquietud. Su hijo seguía yendo al bar a diario con el resto de los trabajadores al final de la jornada laboral y continuaba con su mismo buen humor de siempre.

En la calle de Abajo, en la esquina que hacía ángulo con la casa de Carmucha, estaba la taberna de Andrés. Era el único bar del pueblo: una puerta de dos hojas daba acceso a un local con las paredes de piedra, donde una pequeña ventana, con marcos de madera pintados de verde, dejaba entrar la débil luz del invierno gallego. Allí no solo se podía beber el vino del Ribeiro, sino que además servía, por las mañanas, de tienda ultramarinos. Es decir, lo mismo te vendían una vela que un buen queso del país o las habas y los grelos para hacer el cocido. Y decimos «por la mañana» porque era cuando las mujeres se acercaban al local a hacer la compra, ya que por las tardes estaba reservado para los hombres.

Miguel y sus amigos ocupaban siempre la mesa pegada a la ventana. Les gustaba «adivinar» cuál sería el estado de la mar, porque ver no podían ver demasiado debido a la oscuridad del atardecer. Allí sentados jugaban al dominó y los que perdían pagaban la ronda.

José era feliz; su boda con Virtudes lo había llenado de optimismo y le provocaba un estado tal de euforia que le impedía ver con claridad los negros nubarrones que empezaban a amenazar su futuro laboral en un aserradero al que apenas llegaban encargos.

Su única preocupación era cumplir la promesa que había hecho a su mujer. Pronto tendrían su propia casa y ya no habría necesidad de compartirla con sus padres. Se conformaban con poco; soñaban con una pequeña casita con dos o tres estancias: la cocina con la *lareira*, un cuarto para la pareja y otro para los hijos, y acaso, una pequeña huerta y unas pocas gallinas.

Pasadas las primeras semanas, en la casa de José empezaron los cambios, pocos, en el dormitorio. El primero fue la cama. Encargaron una de matrimonio de madera de castaño a Santiago, un ebanista

muy conocido en la comarca. Todo el que quería tener un buen mueble se dirigía a él. No era muy barato pero, como él mismo decía, sus camas eran «para toda la vida». José daba fe de eso. Llevaban años sirviéndole la madera con la que fabricaba sus muebles y no le sería muy difícil elegir la mejor para su cama. Para pagarla utilizaron el dinero que habían recibido de regalo por la boda. Virtudes pensaba que un buen mueble era un gran comienzo para su vida en común, y cuando el ebanista los avisó de que ya había terminado su encargo, los dos corrieron ilusionados a su taller para ver el resultado. Quedaron maravillados; era la cama más bonita que habían visto jamás. El cabezal había sido torneado y la madera tenía unos grabados con las iniciales de sus respectivos nombres. Virtudes las tocó delicadamente, mientras miraba sonriendo a su marido.

Estaban tan entusiasmados con el mueble que no habían pensado en cómo llevarlo a la casa.

—¿Habéis decidido cómo la vais a transportar? —preguntó el ebanista—. Es muy grande y pesa mucho.

José miró a Santiago, sorprendido por la pregunta. Ni se lo había planteado. Luego miró a su mujer, que parecía tan desconcertada como él. Años después, Virtudes aún se reía recordando la cara de asombro de su marido cuando cayeron en la cuenta.

—No pretenderéis quedaros a dormir aquí —bromeó el artesano—. Os advierto que no es un lugar con mucha intimidad.

Ante estos comentarios, por fin, reaccionaron.

—Voy a buscar a Tomás. Tiene un carro en el que podemos cargarla y llevarla hasta la casa.

Sin perder un segundo, José fue a pedirle ayuda. Mientras, Virtudes seguía mirando y repasando con sus dedos cada ángulo del cabecero. Parecía querer confirmar que, efectivamente, estaba terminada y era suya. Estaba tan ensimismada que no oía los comentarios del ebanista cuando intentaba explicarle las dificultades y la calidad de su trabajo. Así que, al ver aparecer a su marido con el carro, se volvió sorprendida hacia Santiago como si, de repente, fuera consciente de su presencia.

Cargar la cama no fue muy difícil. Eran tres jóvenes fuertes. Virtudes los dirigía poniendo mucha atención en que nada le ocurriera al mueble. No quería que tuviera ni el más mínimo rasguño. Una vez delante de la puerta de la casa, subir la cama al dormitorio fue otra historia. Realmente era grande, y las escaleras, muy estrechas. Un intento, dos, ahora de lado... Finalmente, y tras mucho esfuerzo, consiguieron colocarla en el cuarto del que se había retirado casi todo lo que había allí para hacerle sitio.

—Con lo fácil que nos resultó subir el colchón de lana que hicieron nuestras madres... —comentó José.

¡Qué felices estaban! ¡Qué bien quedaba vestida con la colcha de ganchillo que la joven había estado tejiendo durante el último año!

Era su primera adquisición, el primer peldaño de su vida en común. Para seguir subiendo escalones, José tenía muy claro que el siguiente sería buscar una tierra en la que construirse la casa donde colocar «su cama». Una casa que debería contar con vistas al mar, desde la que pudiera sentir el rugido de las olas. Era el sueño de Virtudes. Y él no iba a decepcionarla. Más de una noche, durante la cena, se había hablado en familia de buscar el terreno más adecuado y los padres de uno y otro hacían sugerencias.

—En la costa, con el viento cargado de salitre, hay más humedad y os va a resultar más difícil de calentar.

—Las plantas de la huerta sufrirán más al borde del mar...

Por fin, los padres de Virtudes les recomendaron que hablaran con Perico. Él conocía a mucha gente, sabía quién tenía y dónde había tierras a la venta. Perico siempre había sido un gran intermediario y les podría calcular cuánto dinero necesitarían para hacer realidad su sueño.

Su sueño. Querían, deseaban, proyectaban... Ya tenían los muebles del dormitorio, es verdad. Ahora solo faltaban las paredes y, cuando llegaron las primeras estimaciones de lo que costaría la tierra y la construcción, José, desanimado, entendió que su sueño se iba a quedar en eso, un sueño. Ni con el trabajo de toda una vida podría ahorrar lo suficiente.

Las fichas de dominó sonaban sobre la mesa del bar de Andrés.

—Doble cuatro.

—Un cuatro y un tres.

—Un tres y un cinco.

—José, ¿en qué piensas? No estás al juego...

—Estoy pensando en que los encargos en el aserradero siguen descendiendo y ya he oído comentarios sobre la necesidad de reducir la plantilla. ¿No tienes nada que decirnos, Miguel?

—Es algo pasajero. Es el invierno, así que deja de darle vueltas a la cabeza y céntrate en la partida. O mejor, no te centres y así nos pagas la ronda a todos.

Aquellos ratos que José pasaba con sus amigos, Virtudes los empleaba en ir a casa de sus padres o en visitar a Pili. Su amiga siempre estaba deseando contarle la última noticia, el último cotilleo de la comarca. Su marido, dueño de tierras en toda la provincia, siempre la tenía informada y las amigas pasaban un buen rato hablando y comentando alegrías y desgracias de conocidos o extraños.

Los días se sucedían en calma, salvo por las tormentas del Atlántico. Y, casi sin darse cuenta, el invierno dio paso a la primavera y una nueva luz iluminó el pueblo. Los tojos comenzaron a llenarse de llamativas flores amarillas inundando los bordes de los campos y el mar se volvió más amable y azul. Virtudes ya se había acostumbrado a su nueva vida y José esperaba que fueran ciertas las palabras de su amigo y que el aserradero siguiera funcionando. En el pueblo nadie podía ni intuir las dificultades que amenazaban a aquella pequeña empresa familiar que se había convertido en el sustento de un puñado de jóvenes que, ajenos a los problemas de su patrón, seguían haciendo planes y proyectos de vida.

—Pronto tendremos nuevos encargos, en cuanto empiecen a llegar las remesas de los emigrantes. Entonces habrá trabajo. Y mucho —comentaban entre ellos.

Trabajarían mucho, sí; pero también ganarían mucho y tendrían que ampliar el negocio, contratar a más empleados... ¿Pero cuán-

do? De momento, los hombres se iban, emigraban, y el dinero que enviaban apenas llegaba para sostener a las familias. Nada de nuevos encargos.

Las semanas iban pasando y José empezó a apreciar la seriedad y la preocupación en el rostro de su amigo. Miguel ponía cada vez más excusas para no ir a jugar su partida de dominó.

José, aun así, decidió seguir confiando en sus tranquilizadoras palabras y continuó con sus planes de futuro. Aquella tarde, habló con su mujer. Hacía tiempo que había empezado a barajar la posibilidad de alquilar una casita en el pueblo y olvidar sus planes de comprar o hacerse una propia. Y se escudó en el viejo dicho de que el casado casa quiere, aunque sea alquilada. Además, ya llevaba tiempo queriendo hacer una vida independiente de sus padres. Ya era un hombre casado y...

—De momento, podríamos mudarnos al pueblo. Hay varias casas vacías cerca del puerto. Tendríamos la posibilidad de ver a menudo a nuestros amigos y tú podrías ir a la plaza a comprar cuando llegara el pescado fresco. Después de todo, nuestros padres viven tan cerca que podremos verlos cuando queramos.

Sin embargo, todo continuó igual. Ninguno se decidió a buscar esa casita para los dos. Siguieron viviendo con los padres de José y no se volvió a hablar de alquilar nada.

A finales de la primavera algo cambió. Aquella tarde, cuando José regresaba del trabajo, Virtudes lo estaba esperando al borde del camino. Era un atardecer oscuro; el cielo, de un gris plomizo, amenazaba con descargar su tristeza sobre el pequeño pueblo marinero, pero cuando la vio, olvidó la tormenta que se acercaba y solo pensó en lo hermosa que era. Parecía un ángel, allí parada mirándolo sonriente. Su vestido de pequeñas flores azules claritas sobre un fondo azul marino; el pelo suelto, ya que por recomendación de Pili volvió a lucir su melena, moviéndose por efecto del viento... Él apresuró el paso y, cuando llegó hasta ella, la abrazó alzándola y besándola.

—Eres la chica más guapa de toda la comarca. ¡Qué digo! ¡De todo el país! ¡Del mundo entero!

La joven reía llamándolo zalamero. Virtudes estaba feliz, muy feliz, y pensaba que iba a hacer feliz a su marido.

—Tengo que darte una noticia, José.

El joven lo primero que pensó al escuchar a su mujer es que quería hablarle de esos planes que tan seriamente le había comentado hacía unas semanas y de los que no habían vuelto a decir ni una palabra.

—¿Perico ha encontrado una casa que podamos pagar?

—¡Qué va! Es algo mejor. Adivina.

José la miró un tanto confundido, pero de pronto, al ver la mirada de su mujer, comprendió y comenzó a reír.

—No, no me digas que estás...

—Sí. Vamos a tener un hijo.

Se abrazaron, rieron, lloraron... José acariciaba el rostro de Virtudes y la miraba embelesado.

—Esto tenemos que celebrarlo. ¡Vamos, hay que reunir a todos!

Los primeros en enterarse fueron, lógicamente, los padres de José.

—Papá, vete a buscar a mis suegros, diles que... bueno, lo que sea, pero que vengan, y no te vayas de la lengua, ¡que te conozco!

En cuanto llegaron y se sentaron todos alrededor de la mesa del pequeño comedor, Virtudes anunció a sus padres su embarazo.

—¡Un nieto! —la madre de Virtudes no paraba de repetirlo.

La cena de aquel día fue especial. Desde la boda no se habían vuelto a reunir, pero había que celebrar algo. ¡Iban a ser abuelos! El primer nieto para todos. Y como si ya nada fuera más importante, empezaron a buscar nombres de niño y niña: Rafael, Antonio, José, como el padre y abuelo, Manuel, Irene, María, como Nuestra Señora, decía la madre de José... Se sacaban la palabra unos a otros, argumentaban la conveniencia de un nombre u otro, un familiar, un amigo, alguien con suerte en la vida que se llamase así.

Ni la tormenta que descargó durante la tarde-noche consiguió preocuparlos. Y eso que fue de las que hacen época y se recuerdan por años. El aparato eléctrico vino acompañado de tal cantidad de

aire y lluvia que llegó a provocar serios desperfectos en algunas casas y en el campanario de la iglesia, que sufrió la acometida de vientos y rayos, provocando la caída de la pared norte. La capilla del Carmen, esta vez, se libró.

Cuando amainó un poco, los padres de Virtudes aprovecharon para despedirse y volver a su casa, a pesar de que los rayos seguían iluminando el cielo. Cogidos del brazo, no podían disimular la ilusión de ser abuelos.

En el dormitorio, cuando la oscuridad fue total, y solo de vez en cuando, un lejano rayo traía algo de luz, José pareció despertar a una realidad demasiado alejada de sus sueños y esperanzas. Iba a tener un hijo, tendría que encargarse de su familia y poner los pies en la tierra.

Cuando al día siguiente hizo partícipes a sus compañeros de la buena nueva, todos la recibieron con alegría y lo felicitaron. Todos, menos Miguel. Apenas hacía unas horas que su padre le había informado de la situación real del aserradero y sabía que, si no remontaban en un breve período de tiempo, uno de los primeros en ser despedidos sería José.

—¿A qué viene esa cara? ¿Es que no te alegras por mí? O ¿tienes un poquito de envidia? —dijo, riéndose y abrazando a su amigo—. Venga, hombre; alégrate, que tú serás el padrino.

Miguel esbozó una mueca a modo de sonrisa. ¿Cómo decirle...? ¿Cómo explicarle...? ¿Cómo romper sus ilusiones?

—Es el estómago. Anoche tomé algo que me debió de hacer daño y no he dormido nada —mintió—. Voy a ver si mi madre me hace uno de sus potingues mágicos y me alivia este ardor.

—Padre, no podemos despedir a José. Va a tener un hijo —dijo Miguel en cuanto llegó a su casa.

—No es solo José. Vamos a tener que cerrar si esto sigue así —sentenció su padre.

—¿Pero de verdad es tan grave la situación?

—Ya te dije anoche que los tres últimos meses han sido de pérdidas. Primero Raúl, pero el siguiente será José. No puedo hacer nada. Deberías prevenir a tu amigo.

Al final de la jornada, los compañeros se reunieron en la taberna del puerto. Después de dos tazas de vino tinto, a Miguel se le soltó la lengua.

—Las cuentas del aserradero no salen. Mi padre me ha dicho que llevamos tres meses seguidos en los que no entra dinero.

Raúl y José se miraron. No entendían lo que les estaba diciendo el hijo de su jefe.

—¿Qué quieres decir? —comentó un ingenuo Raúl.

—¿No os dais cuenta de que cada vez hay menos que hacer? Parece que ya nadie necesita madera para nada. Y, o esto cambia pronto, o tendremos que cerrar.

—¿Cerrar? —José palideció—. Pero... —balbuceó— ¡voy a tener un hijo! ¿Cómo voy a alimentarlo si me quedo sin trabajo? ¿Qué va a pensar Virtudes de mí?

—Hombre, no es culpa tuya. Es este país, y como dice mi padre, en esta esquina del mundo. ¡Qué poco futuro tenemos!

Dos meses más. José siguió trabajando en el aserradero dos meses más. Pero todos allí sabían que era el final. Miguel y su padre se bastaban y sobaban para hacer frente a los escasísimos pedidos. El resto de los empleados ya no tenía trabajo. Así que, cuando finalmente llegó el día, tuvo que armarse de valor para explicarle a su mujer lo que llevaba tiempo negándose a admitir.

—En el aserradero sobramos. Ya estamos en la calle. Miguel y su padre se arreglan solos para el poco trabajo que hay. De hecho, si los pedidos siguen descendiendo, ya veremos si no tienen que cerrar.

Y continuó pensando en voz alta:

—Primero la casa, luego los muebles y después los niños —susurró—. ¡Sí que lo hemos hecho bien! Primero los niños y después... Dios dirá, porque lo de la casa parece que tendrá que esperar.

Su vida había dado un giro y sus planes tendrían que ser pospuestos.

Virtudes oía en silencio a su marido, pero no quería pensar en nada más que en el hijo que estaba esperando. Sin embargo, es-

cuchó y entendió, y poco a poco tuvo que aceptar que no podía ignorar lo que estaba diciendo José. Dos lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas.

—¿De qué me estás hablando?

José la miró con dulzura. Sabía que ahora, más que nunca, tenía que asegurarse un empleo que le garantizase unos ingresos para mantener a su familia. Ante las perspectivas nada halagüeñas, sus posibilidades pasaban por... En su cabeza pareció materializarse la palabra maldita: EMIGRAR.

Ya había hablado más de una vez con amigos y paisanos sobre este tema. Algunos conocidos habían hecho el viaje de ida a la búsqueda de un futuro lejos de su tierra. Incluso había hablado con su mujer de la emigración. Pero para otros.

Ahora iba a tener un hijo y esa posibilidad estaba más presente, enturbiando la alegría de ser padre.

Se había acabado el trabajo y los nuevos planes pasaban por mirar mapas, calcular distancias, hablar con vecinos que conocieran o tuvieran a alguien fuera.

Las tardes en aquel rincón del bar de Andrés o contemplando olas y barcos que se bamboleaban en un mar encrespado y de un profundo azul oscuro comenzaron a saberle a ausencia. Estaba aquí, pero parecía vivir muy lejos, y una creciente angustia le atenazaba el corazón; aunque quisiera hacerse el fuerte, no lo era. Necesitaba a Virtudes y ella, se decía, también lo necesitaba. No podían separarse. No debían.

Pero sabía que tendría que irse del pueblo a buscarse la vida en otro sitio.

De nuevo, la lluvia y el temporal. La humedad se le metía en los huesos y él no era capaz de ir a casa, de ver a su mujer, de decirle que había llegado la hora. Que ya no tenía trabajo ni esperanzas de encontrarlo. Que tendría que buscarlo en otro sitio, en otro país, en otro continente, y que un ancho y tenebroso océano se interpondría entre ellos por sabría Dios cuánto tiempo.

Virtudes, aquellos días, parecía vivir ajena a las preocupaciones de su marido. Parecía, porque en realidad lo que le pasaba era que no sabía cómo afrontar la situación y ayudarlo. No quería dejarlo marchar; la emigración le parecía el final de su felicidad, de su matrimonio. Ya se veía como una de esas viudas con marido, vestidas eternamente de negro que no saben nada de sus hombres, salvo por el dinero que mandan cada mes. Sabía que en muchos casos no llegaba ni una letra, ni una noticia; nada que hiciera esperar con algo de ilusión la vuelta del que, en la mayoría de los casos, se había ido convirtiendo en un desconocido.

—No —se decía—. A mí no me puede ocurrir eso.

Y lloraba en silencio pensando que se iba a quedar sin su compañero y con ese hijo que estaba en camino... Un hijo que, quizás, no conocería a su padre hasta que hubieran pasado muchos años.

Sus pensamientos eran tremendamente negativos y se estaba poniendo en lo peor, aunque sabía que José la quería y volvería en cuanto hubiera hecho un poco de dinero. Pero un poso de amargura se había instalado en su corazón, y aunque a veces intentaba ser lógica y positiva, terminaba sucumbiendo ante la peor de las perspectivas.

—¿Qué voy a hacer con un niño y sin mi marido en el pueblo? —pensaba—. ¡Se marcha y puede que no vuelva! ¿Qué puedo hacer para que no se vaya? ¿Pero qué futuro puede tener aquí un hombre joven? ¡No hay trabajo! Pasan los días y no encontramos nada.

Era un manojo de nervios. Entre el embarazo y la preocupación no hacía más que llorar, pero siempre a escondidas. No quería disgustar a sus padres y suegros con sus problemas, y tampoco quería que José se diera cuenta del dolor y del miedo que sentía ante la posibilidad de perderlo. Durante esas semanas, las dudas y los reproches se sucedían en su mente a una velocidad vertiginosa. A veces se creía una mujer egoísta e insegura. Temía quedarse sola. Otras, se sentía fuerte y pensaba que tenía que ser ella la que debería ayudar a José, en vez de llorar por los rincones.

Día tras día, el matrimonio le daba vueltas a su situación intentando encontrar un resquicio al que aferrarse para no tener que

separarse. Pero no había otra solución; José tendría que irse y la mejor opción era Montevideo, donde algunos paisanos habían encontrado trabajo.

Sin embargo, no se decidían a fijar la fecha de la partida, y mientras, él iba haciendo chapuzas aquí y allá. Nada que pudiera evitar lo inevitable, pero esos trabajos puntuales les sirvieron de excusa para retrasar su marcha hasta que llegó el final del embarazo.

Apenas un año después de su boda nació Manuel, un niño sano, sonrosado y regordete, que llenó de felicidad a toda la familia. El orgulloso padre se pasaba gran parte de las noches vigilando el sueño del bebé que, por lo demás, se limitaba a dormir y comer cada tres horas. José, hipnotizado por su hijo, estaba tan contento que parecía haber dejado en el olvido sus planes de emigrar, aunque ya hacía semanas que no entraba ningún sueldo en casa. Pero toda su familia callaba. Era como si se hubiera firmado un pacto de silencio. Nadie quería hablar ni de trabajo ni de dinero, y Virtudes era la primera en rehuir cualquier conversación que pudiera poner sobre la mesa la necesidad de tomar ya una decisión. En cuanto se hablaba de alguien que había ido a América, ella dirigía la charla hacia el tiempo y los amoríos de los vecinos o los sermones del cura, que eran sus temas recurrentes. José, por su parte, parecía no ver la preocupación que se iba instalando entre sus familiares más allegados. Y aunque sus suegros se habían convertido en una gran ayuda, los padres de José eran los más conscientes de que la situación no podía prolongarse más.

Fue durante las fiestas del Carmen cuando su padre se armó de valor, y llevándose a dar una vuelta por el puerto, le hizo ver la necesidad de afrontar la realidad de una vez.

—Tienes una familia; sois tres bocas que alimentar, hijo, y aunque sé que te cuesta, creo que no puedes seguir así, sin un trabajo y viviendo indefinidamente con tus padres. No quiero decir que nos estorbéis. De sobra sabes que para nosotros, sobre todo para tu madre, teneros en casa es una gran alegría, más ahora, con el naci-

miento de Manuel. Pero piensa en el futuro. Vives con tus padres y te mantienen tus suegros.

José escuchó, asintiendo.

—De sobra lo sé, padre, tiene razón. Hablaré con Virtudes en cuanto terminen las fiestas. Es tan complicado continuar aquí..., pero también es muy difícil marcharse, dejar a Virtudes y a Manuel. El niño es tan pequeño... Pero algo tendré que hacer...

Aquel día radiante, tan diferente del que supo en que iba a ser padre, con aquella tormenta que se desató al anochecer y que cambió sus planes, sería en el que daría un nuevo rumbo a su vida. Pero ni se imaginaba en qué sentido iba a cambiar.

Tras la charla, ambos regresaron a la casa de sus suegros, donde iban a celebrar todos juntos la fiesta con una comida en la pequeña huerta de atrás.

Virtudes estaba resplandeciente. Se había puesto el vestido azul marino con florecitas que tanto le gustaba a José y sonreía sin parar. Manuel dormía tranquilo en un capazo a la sombra de una higuera. Todo era perfecto. Y tras la comida, cuando llegó la hora de la tarta de galletas y chocolate, especialidad de la madre de José, Virtudes se levantó de la mesa, y dirigiéndose a su familia, les anunció que estaba de nuevo embarazada. Su sonrisa se quedó congelada en el rostro cuando vio la expresión de su marido. Estaba serio y con la mirada perdida. Nada que ver con la primera vez, cuando le había anunciado la llegada de Manuel.

—Está disgustado —pensó—. Ya sé que no es el mejor momento para un nuevo embarazo.

Pero el rostro de su marido, más que disgusto, lo que reflejaba era preocupación.

José miró a su padre. Las cosas se complicaban más.

—Ahora sí que tengo que marcharme. Vamos a ser cuatro en la familia y no tengo trabajo. Virtudes debe entender que llegó la hora. Ya no podemos seguir dependiendo de nuestros padres —pensó.

Fue un momento agridulce. A la alegría de un nuevo hijo se unía la inquietud por su futuro. Lo había intentado todo. Había hablado

con el párroco y con el alcalde en busca de ayuda, pero ninguno había podido echarle una mano. Como él estaban la mayoría de los jóvenes de la parroquia. Por todas partes se veían hombres ociosos a la espera de una oportunidad, y para la mayoría, esa oportunidad tenía un nombre: América.

Aun así, José había probado con don Evaristo; el maestro tenía fama de estar muy bien relacionado. Se decía que era amigo íntimo del presidente de la Diputación y quizá este podría buscarle algo en la capital. En aquella época, si el hombre más influyente de la comarca no podía hacer nada, es que nada se podía hacer.

Virtudes, más realista, no esperaba ningún milagro. Su amiga Pili ya le había comentado que ni siquiera su marido había podido ayudar a más de un joven que finalmente había tenido que emigrar.

Pero... ¿cuál era la solución? Los padres de ella los mantenían; los suyos los tenían en su casa, donde en el cuarto de la pareja eran ya tres y el que estaba en camino. José tenía claro que se habían acabado las excusas, así que habló con su mujer.

—Voy a esperar a que nazca el niño y luego ya veremos cómo me voy. Quizá la hija de la pescadera me pueda poner en contacto con su hermano y me explique qué debo hacer para emigrar, como hizo él.

El viaje a América se había convertido en algo casi habitual y los emigrantes se ayudaban unos a otros a cruzar el océano. Los de allí llamaban a los de aquí y así se hacía más fácil dar el paso. El miedo a lo desconocido, para un chico que apenas había salido de su comarca, y a embarcarse en una aventura en un país extraño era más llevadero si había alguien esperando, amparándolo a la llegada.

Otro problema era todo el papeleo que tenían que hacer antes de marchar: visados, permisos, pasajes... y el dinero para pagarlo.

De nuevo, Pili resultó ser una verdadera amiga. Les prestó el dinero. Ella se lo podía permitir.

—No tengáis prisa en devolvérmelo. Ojalá pudiera ayudaros más.

Durante las semanas siguientes, José fue solucionando todos los trámites para el viaje.

Semanas, meses. El embarazo pasó en un suspiro y, como había hecho con el primero, José buscó trabajos puntuales con los que ir ayudando en casa, hasta que nació su hija. Sí; era una niña. Una niña pequeñita y con poco peso. En la época, eso era casi una sentencia de muerte y más si los recursos familiares no eran abundantes.

Al mismo tiempo que la niña, llegó la carta del hijo de la pescadera que, desde Uruguay, lo animaba a viajar:

*Vente para aquí, José. Hay muchas tierras que necesitan trabajadores bien dispuestos como tú. Verás cómo encontramos algo en lo que te sientas cómodo. Ven para Montevideo, que yo ya me he puesto a buscar.*

La capital de Uruguay bullía de actividad; no solo era un mercado importante, sino también el punto de partida de las exportaciones cárnicas del país. Por todas partes se apreciaba el crecimiento y el auge económico. Pero no era solo Uruguay. Todas las nuevas repúblicas americanas estaban en pleno desarrollo. Casi todo estaba por hacer y nadie que quisiera trabajar era rechazado. Llegaba gente de toda Europa buscando una oportunidad.

José se iba a ir con la esperanza de encontrar un futuro para él y para los suyos, como le había dicho su conocido. Tendría que buscar un trabajo y mandar dinero al pueblo, pero no descartaba llevarse a toda la familia si la situación lo permitía. Pensaba que sus hijos en ese país podrían tener una vida mejor y ya regresarían cuando, como hacían la mayoría de los emigrantes, hubieran ahorrado suficiente dinero. Ese era el sueño que compartía con muchos de los que se habían ido al otro lado del Atlántico: regresar al pueblo.

Con todo ya arreglado, llegó por fin la fecha de la partida. Así que dedicó las últimas horas en su tierra a despedirse de todo y de todos. Los caminos, el mar de la ría, los tojos que florecían por doquier, las partidas de dominó con los amigos, los paseos con Virtudes por el pueblo los domingos al salir de la misa con sus

niños... El mar, el mar, el mar... Ese mar amigo que a veces se enfadaba y se agitaba como riñendo a todos los que lo contemplaban. Pero amigo.

—Voy a echar de menos la ría, sus barquitos, el pescado fresco de la lonja... En Uruguay no tienen este mar.

—Claro que sí. ¿Acaso no es el mismo océano el que separa América de Europa? —intentaban animarlo los amigos.

—Pero nuestra ría es otra cosa; aquí conocemos nuestro mar y él nos conoce a nosotros.

En verano, la época mejor para cruzar el océano, cuando había previsto irse, el padre de José sufrió un infarto, y aunque se recuperó, su hijo tuvo que aplazar de nuevo el viaje durante más de un año hasta estar seguro de que su padre se había restablecido totalmente.

*Estimado Martín:*

*Un serio problema de salud de mi padre hace que tenga que aplazar mi traslado hasta ahí. En cuanto se recupere, compraré el billete. Seguimos en contacto. Gracias por tu ayuda.*

Aquellos meses de propina le supieron a gloria. José vio cómo su hija iba creciendo y recuperando peso gracias a los cuidados de toda la familia. Su alegría se incrementó cuando, en una nueva carta, Martín le contaba que el país había sufrido unas tremendas revueltas campesinas en los meses anteriores que lo habían sumido en una guerra civil, pero que, por fortuna, ya había terminado. José, que ya se había librado de participar pocos años antes en la guerra de Cuba en 1898 gracias a las 1500 pesetas que le había prestado Miguel para librarse de ir al ejército, ahora tampoco había tenido que sufrir la experiencia de un nuevo conflicto bélico, y más, en un país ajeno.

Finalmente, una vez resueltos ya todos los problemas familiares, ahora sí, tocaba hacer la maleta y emigrar.

La época elegida no era la más propicia para el viaje, pero las circunstancias hicieron que fuera en invierno, justo después de Navidad.

Su pequeña maleta de cartón y su contenido representaban muy claramente la precariedad de su situación. Solo llevaba consigo un pantalón, dos camisas y una chaqueta. Los únicos zapatos que metió en su equipaje eran nuevos; los había comprado en la feria del pueblo hacía solo seis meses, así como los calcetines.

—Allí es verano; no os preocupéis más. Llevo todo lo necesario.

Días antes de la partida, toda la familia fue a despedirlo al puerto de Vigo, de donde salían los barcos para Uruguay. Resultó toda una aventura. Ninguno de los suyos se había alejado más de unos pocos kilómetros de su pueblo, y ahora, allí estaban, en Vigo. Su padre no paraba de comentar lo grande que era la ciudad y la cantidad de barcos que había en el puerto. Virtudes no veía nada. Estaba pendiente de su marido todo el tiempo, como si quisiera grabar su rostro en lo más hondo de su corazón. Y a los comentarios de sus suegros solo respondía con un sí, sin escuchar nada de lo que decían. Los padres, los suegros, Virtudes y los niños. Ninguno quería dejarlo marchar, pero todos sabían que era inevitable. Finalmente, llegó la hora. Los besos, los abrazos y el adiós.

Durante los dos días de larga espera en el puerto, José apenas se movió de la fila de los emigrantes que aguardaban por los pequeños botes que los acercarían al trasatlántico procedente de Hamburgo que acababa de fondear en medio de la ría. Empujones, codazos. Ninguno quería quedarse en tierra. José subió en la tercera lancha y casi media hora más tarde estaba a bordo del gigantesco barco enseñando su pasaje y sus documentos a los empleados de la naviera.

Cruzar el Atlántico en aquellos navíos... ¿Eran seguros? Los trasatlánticos habían mejorado mucho. Ya no se tardaba alrededor un mes en cruzar el océano, como ocurría años atrás; ahora en poco más de dos semanas ya se llegaba a América.

A la angustia por dejar a los suyos, el no saber cuándo volvería a verlos, se unía el temor a lo desconocido, a enfrentarse a un mundo nuevo, a gente nueva... Iba a estar solo y él solo tendría que valerse

y luchar para sacar adelante a su familia. Su familia. En ellos se iba a apoyar, en su recuerdo, para enfrentarse a lo que estaba por venir. Con esta idea subió al barco.

Una vez resueltos los trámites y recibida la vacuna preceptiva, se le indicó dónde tenía que alojarse: en la bodega, claro, ya que no tenía suficiente dinero para viajar en un camarote. En las literas colocadas en estas bodegas dormían todos aquellos que no tenían muchos recursos. Era la clase «Emigrantes». Sitios húmedos, ruidosos, mal ventilados... La otra opción era cubierta.

José recorrió con la vista el exiguo espacio en el que se encontraban las literas con armazón de madera y la pintura desconchada que servían como soporte a unas lonas de un color indescriptible fruto de la suciedad y del uso continuado, sobre las que se colocaban unos sacos de paja a modo de colchón que, a pesar de las puntuales desinfecciones, muchas de ellas alojaban una rica fauna de pulgas y piojos que dificultaban el escaso descanso de sus ocupantes. Una manta de algodón de color oscuro deslucido venía a completar el modesto *ajuar* de la zona de reposo de la tercera clase.

Sintió una especie de claustrofobia que lo hizo salir a respirar un aire tan frío y húmedo que le caló hasta los huesos. Se estremeció y se subió el cuello de la chaqueta; se frotó las manos, miró hacia la tierra que acababa de dejar y se sorprendió cuando vio que era apenas un lejano punto en el horizonte. ¡Estaba ya tan lejos! ¡Si acababa de embarcar! Intentó fijar la vista, pero cada vez se veía menos aquella mancha oscura. Ahora ya no se vislumbraba más que una línea en el horizonte y el inmenso océano rodeaba aquel barco que lo separaba de los suyos. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para contener el llanto, pero tenía un nudo en el estómago que le impedía controlar sus emociones. Para evitar que le vieran las lágrimas en los ojos, decidió volver a la bodega.

Su litera estaba al lado de la de un jovencito que iba en busca de su padre, con la intención de ayudarlo a ganar lo suficiente para continuar con la pequeña tienda de alimentación que tenían en el

pueblo. Querían arreglar el negocio y ampliarlo. En casa quedaban la madre y tres niños más pequeños.

Parecía un chico espabilado y decidido, una decisión que se reflejaba en su profunda mirada de ojos verdes bordeados de largas pestañas. Apenas llegaba a los quince años y ya estaba enfrentándose a su futuro después de buscar por todos los medios los permisos para el viaje.

José se sorprendió de lo seguro que parecía y sonrió al ver a aquel muchacho de cuerpo enjuto, escondido debajo de un amplio jersey gris de cuello alto y unos pantalones que bien podrían haber sido de su padre, por lo grandes que le quedaban. Luego descubrió que se los sujetaba con una cuerda a la cintura para impedir que se le cayeran. Pero allí estaba, tan contento, lleno de ilusión y sin ningún miedo, afrontando el viaje solo. Nada de quejas, nada de lágrimas. Y él, un hombre hecho y derecho, ¡haciendo verdaderos esfuerzos para no echarse a llorar! José sintió una especie de envidia y ternura por aquel mozalbete de pelo negro y rizado y gestos felinos.

Tras las presentaciones de rigor, los dos viajeros entablaron una animada conversación que ayudó a hacer más llevadero aquel momento de desasosiego.

—Quince años y parece un hombre. ¡Cómo habla el condenado, qué vocabulario, cómo se expresa —pensaba José, admirado por la verborrea de su compañero de litera.

A pesar de la distracción que le proporcionaba su nuevo amigo, aquel primer día se le hizo interminable. Primero pensó que el barco era demasiado rápido y lo alejaba demasiado deprisa de los suyos; después, sentía como si el tiempo se hubiera detenido y aquella nave no se moviera. Tardó, pero al final aceptó que ya no había vuelta atrás, así que empezó a hacer planes en su cabeza. El tiempo en la emigración, poco; el dinero para la casa, la educación de los niños... Unos pocos años, pocos, y volver. Pocos años. Esa era la idea que repetía una y otra vez. Pocos años, ahorrar y volver a casa.